

RAINER MARIA RILKE

VERSIÓN DE JUAN RULFO

Elegías de Duino

poesíafestopiso



Uno de los poetas más universales, creativos y visionarios del siglo XX, Rainer Maria Rilke, también forma parte cultural del Toledo Patrimonio de la Humanidad. Él, que se sentía toledano, llevó la “peñascosa pesadumbre” y la magia del Greco a la esencia de la poesía que trasciende el tiempo, las fronteras de los países, las lenguas y las culturas.

Solo con citar algunas de sus afirmaciones sobre la mítica e histórica ciudad, podemos comprender la profunda importancia que el poeta concede a la toledanidad:

Desde que estuve en Rusia nada me había conmovido tanto ni me había comportado un crecimiento interior tan inmediato como este país inaprensible o, mejor dicho, un lu-



Retrato de Rainer Maria Rilke por Leonid Pasternak, 1928.

gar concreto de él en el que, según mi impresión, su esencia se da a conocer mejor que en cualquier otra parte: Toledo.

No hay nada comparable a Toledo; si uno se abandona a su influencia, alcanzaría tal grado de representación de lo suprasensible que vería las cosas con esa intensidad que está fuera de lo común y que raramente se presenta durante el día: la aparición. Y tal vez es mi próximo paso, aprender eso, aprender la naturaleza de los ángeles a partir de la de los fantasmas [...]

Querido amigo, es difícil hacerse una idea de esa ciudad tan asombrosa, ni siquiera el par de representaciones del Greco alcanza, con todo lo fantástico que es, esa aparición salvaje, incontenible que se alza al cielo en medio de feroces montañas y como estrangulada por la serpiente del Tajo [...]

Montañas, yo no sé desde cuándo, desde qué día de la Creación, montañas recién terminadas, y un río joven que a una de ellas aprisionándola, en apretadísimo lazo la insta y la estrecha hasta el punto de que, asustada por el nudo que la ahoga, se rompe de pronto en una ciudad [...]

[...] aquí está expresado el lenguaje de los ángeles, tal como ellos se las ingenian para convivir entre los hombres.

René Karl Wilhelm Johann Josef Maria Rilke (Rainer Maria Rilke para la literatura) nació en Praga (hoy Che-



El Tajo y la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza. Foto Thomas. Hacia 1910

quia y entonces Bohemia) en 1875 y murió en Valmont (Suiza) en 1926. Fue una persona de vida errante, que le llevó a más de cincuenta residencias en distintos países europeos y a la realización de numerosos viajes, entre ellos uno a España que le condujo a Toledo, Córdoba, Sevilla y Ronda. La estancia en Toledo fue de suma importancia y de reconocida influencia en la obra que escribe con posterioridad a ella. Está considerado como uno de los poetas más grandes de la literatura en lengua alemana, cuya expresividad poética es reconocida universalmente. Es autor de una extensa obra en verso y en prosa, con títulos tan significativos como *Elegías de Duino* y *Sonetos a Orfeo* y, escritas en España, *A los Angeles* y *La trilogía española* (tres poemas en los que se esbozan algunos temas que se desarrollan luego en las *Elegías de Duino*).

No fue casualidad el encuentro de Rilke con Toledo. Durante quince años estuvo haciendo acopio de información sobre dos asuntos que le interesaban profundamente, más allá de romanticismos, historias y leyendas: Toledo y el Greco.

En septiembre de 1912, en carta desde Venecia, afirma que quiere “ser toledano”. En noviembre ya estaba en Toledo y escribe desde el Hotel Castilla a Pia Valmarana:

Estoy aquí en Toledo desde ayer, después de un viaje de varios días y varias noches lleno de una impaciencia indescriptible por llegar. Y tenía razón, porque era verdaderamente esto lo que me faltaba [...] así me parece que todos mis viajes, a lo largo de tantos años, no fueron otra cosa que la promesa de éste, y ahora comprendo el que me haya empeñado en forzar inconscientemente todas las cosas



Vista del río Tajo desde el puente de Alcántara. Foto Thomas. Hacia 1910.

destinadas a preparar este acontecimiento inaudito, y, al parecer, de avance. Avignon, Les Baux, El Cairo, el desierto mismo, todos los lugares no fueron sino espejos de mi anhelo de ver Toledo [...]

También escribirá unos días más tarde a Sidonia Nádherny cómo ve y cómo siente una ciudad que le asombra y le fascina:

Yo no puedo tampoco representarle cómo es esta ciudad que se yergue sobre una de las puras e indomables montañas [...] A veces a la caída de la tarde, paso al otro lado, en dirección a las rocas y a las ruinas de montaña, con solo el profundo y estrecho tajo del río entre mí y la ciudad iluminada como un resucitado [...] al otro lado donde el paisaje irrumpe de pronto y es como un león, por doquiera como un león delante de cada una de las puertas de la ciudad [...] voy, pues, hasta allí paseando, a donde podrían ir los profetas, y por un momento aparto los ojos de la vista que se ofrece ante mí, los cierro y me digo: así quiero ahora representarme interiormente lo visto, y realmente me lo represento en forma indescriptible, pero cuando los abro y dirijo la mirada de nuevo hacia allí, entonces la realidad me sobrepasa de tal modo que desespero poder llevarla jamás en mí como equivalente. De la misma manera que no se puede describir un fantasma [...] del mismo modo que Moisés no fue lo suficientemente poderoso para soportar la aparición [...] de igual manera se le sobrealta a uno el espectáculo de esta ciudad, hasta el extremo de quedarse atónito para siempre e incapaz de manifestar nada a no ser la propia emoción que le embarga.

Y en Toledo encontramos al poeta acudiendo a oír misa en una de las iglesias que habían conservado el rito mozárabe, la de San Lucas, un lugar en el que se entrecruza la historia y la leyenda. Si el rito podemos considerarlo la historia, la leyenda narra que en este sitio se apareció la Virgen para cantar la Salve con unos ángeles venidos del cielo junto a ella. La salve cantada por las voces humanas no debió agradarle, pues dejó escrito lo siguiente:

Si se pudiera hacer callar a estos obesos salmodistas, entonces oiría cantar la Salve a los ángeles; pero aun así, siento intensamente cómo toda la música antigua resuena como el viento en el interior del mundo, soplando para sí misma, incluso si nosotros no estuviésemos aquí. ¡Y esto sí que es música!

En esta ciudad de sigilo termina algunos versos que había iniciado en la urbe de los canales y escribe el largo fragmento de *A la esperada*. No vino a buscar honras;

vino al encuentro del espacio interior del hombre y del mundo; ese palpito, esa llamada y esa voz silente le traen a la ciudad del Tajo.

Toledo también es la ciudad ingrátida y espectral que conoce en los cuadros del Greco. Rilke cuenta lo que ve en el lienzo del *Laocoonte*, en el que se representa la historia de Laocoonte y sus hijos y el castigo del que es objeto. El cuadro es impresionante por sus violentos escorzos. Y para Rilke es esencial que el paisaje de Troya haya sido sustituido por uno de Toledo, ciudad que en algunas leyendas se dice fundada por dos descendientes de troyanos Telamón y Bruto.

La ciudad asustada, sobresaltada, se encarama en un último esfuerzo, tratando de atravesar la angustia que produce la atmósfera. Habría que tener sueños como este [...] Sería magnífico ver la ciudad, y al Greco en relación con ella.

El poeta, tras terminar en 1910 *El cuaderno de Malte Laurids Brigge*, cayó en una crisis creativa y existencial de la que comienza a liberarse en 1912 en el castillo de Duino, situado en la región de Trieste, en la parte nororiental de Italia (zona eslovena dentro del imperio austro-húngaro en tiempos de Rilke). Allí comenzó a componer la que será su obra maestra, *Elegías de Duino*, que vería la luz en 1923. Y sería en su estancia en Toledo donde encontraría la energía y la inspiración necesarias para llevar la obra adelante. Será tras descubrir al Greco, especialmente tras observar *Vista de Toledo*, donde descubrió la ciudad que conectaba con el mundo de esos ángeles, y la propia ciudad física y mítica, cuando Rainer Maria Rilke comienza a sentirse en plenitud y se convence de que Toledo supondría para él la cura de su crisis, y que aquel sería el lugar perfecto para proseguir la creación, si no para escribir, las *Elegías de Duino*, la obra en la que alcanzará su más acendrado estilo simbolista. En estas elegías la imaginación creativa intenta superar de manera muy personal las contradicciones de la realidad, las propias contradicciones personales, logrando un monismo poético, donde pasado y futuro, vida y muerte, más acá y más allá, se unen en un todo único, en un ser. En esta especie de “religión estética” viene a desarrollar una visión del mundo esencialmente humanista.

En Toledo encuentra Rilke soledad y paisaje; nada le pasa desapercibido en los paseos por la cornisa o las callejas o en los monumentos, como el perrito que temblaba sentado en un carro o los perros que ve dentro de la catedral, de los que extrae una lección metafórica de religiosidad, según sabemos por una de sus cartas. Higuera

Vista del río Tajo cerca del convento de san Gil. Foto Thomas. Hacia 1910.



de Toledo que surgen entre las piedras y le asombran, ahí están en el inicio de la sexta elegía. Toledo es sin duda uno de los lugares de las Elegías, poemas inmensos del más grande de los poetas europeos. Toledo es en sus palabras: “ciudad del cielo y de la tierra” o un “terrible y sublime relicario”. Sin embargo hay más que frío, silencio, soledad, callejas, paisaje o perros en la obra de este ciudadano del mundo que quiso ser toledano.

En Toledo encuentra Rilke el principal habitante de las *Elegías de Duino*: el ángel, ese ángel-pájaro que va y viene con su vuelo por el universo de los vivos y los muertos. También está el Greco. La esencia de los ángeles del Greco, escribe:

[...] es fluyente [...] son ríos que corren a través de dos reinos, y como el agua discurre por la tierra y la atmósfera, el ángel discurre por el recinto más amplio del espíritu: es un arroyo, rocío, manantial, surtidor del alma, caída y ascenso.

Recordemos el ángel ingrátido del lienzo de *La Asunción*, que el Greco pintara para la capilla Oballe. El ángel esencial para aprehender el mundo en la concepción poética del Rilke que afirma:

Suponiendo que un ángel me estrechara súbitamente contra su corazón: mi ser se extinguiría con su intensa presencia.

Para el poeta la patria natural de los ángeles es Toledo, la ciudad “donde convergen las miradas de los vivos, de los muertos y de los ángeles”.

Rilke escribirá también que:

[...] no hay nada como Toledo —si uno se abandona a su influjo— que dé una imagen tan elevada de lo suprasensible; las cosas tienen allí una intensidad que no es común,

y que no es visible a diario: la intensidad de una aparición.

Hay más Toledo en Rilke resuelto en poemas; está el paisaje. Vislumbrar el paisaje toledano es hacerlo con su propio destino vital y poético:

[...] *contemplar este mundo, ya no desde el hombre, sino desde el ángel, es quizá mi auténtica tarea, o al menos la tarea en la que confluyen todos mis intentos anteriores.*

Toledo resurgió invisible siempre hasta que se cerraron a la luz los ojos del poeta; él recibió de ella hondura; ella recibió de él belleza poética.

La ciudad simbólica, real y profunda era en sí misma reclamo suficiente, aunque había algo más en ella que atraía al poeta trotamundos: el Greco.

Fue el Greco una de las razones por las que Rilke viajó a Toledo.

Toledo, Rilke y el Greco conforman el triángulo de una pasión. Ángeles de Rilke, ángeles del Greco, ángel sin ala en la puerta de Bisagra, calle del Ángel. *Vista de Toledo* del Greco que impresiona a Rilke en 1908 e

impulsa su deseo de conocer la ciudad que aparece en el cuadro bajo una luz mordiente que la atrae hacia las alturas en un verde llamear.

Contamos con contribuciones muy valiosas a la hermenéutica de la obra de Rilke y al conocimiento de su vida, debidas a grandes especialistas españoles. La ávida atención que nuestro país despertó siempre en el poeta germánico se ha visto recíprocamente correspondida con estudios y ensayos hondos, concluyentes. De entre todos los lugares de España que fueron del interés del gran escritor nacido en Praga, el que le despertó un mayor vivo deseo por conocerlo y vivirlo fue Toledo. Tal vez por eso, la sucesión de los hechos haya querido, fatalmente o por azar, que alguno de los más grandes intérpretes de la obra de Rilke tenga que ver con Toledo, como el notario torrijeño Antonio Pau Pedrón, verdadero fiduciario de la vida y la obra del autor, de cuyo talento y, muy específicamente, de su relación con Toledo, Pau ha dejado constancia con su firma, bajo escrituras tan bellas como documentadas, en forma de dos ensayos y una biografía.

Hay mucho del Greco en Rilke, como hay mucho de Venecia y de Toledo en ambos. El afán por el absoluto, por lo incondicionado, por lo subyacente, por lo inmutable, junto con la conciencia de ser portadores de un don creador con que dar cuenta de su hallazgo o, mejor, de su búsqueda, condujo a los dos por espacios comunes. No es exclusivamente lo aleatorio lo que alcanza a explicar que estos lugares, junto con otros, como Praga o Heraclion, hayan enmarcado el nacimiento, la formación, la vida y el talento de estos dos grandes artistas. Focalicemos la atención en dos “toledanos de adopción”, que, desde Creta y Centroeuropa, recalaron en una ciudad, Toledo, que fue para ellos tierra de promisión creativa. De hecho, si la casualidad fue lo que condujo al Greco hasta Toledo, fue el Greco la causalidad que hizo que Rilke llegara a Toledo. Para la sensibilidad de Rilke, el Toledo de los cuadros del Greco fue un reclamo irrenunciable, una instancia incontestable para emprender el viaje, porque en esas pinturas, símbolo del absoluto, estaba expreso el anhelo satisfecho de eternidad que el poeta ansiara durante toda su vida.

Se ha enfatizado que la imagen que Rilke se formó de España fue la transmitida por los románticos alemanes, particularmente, por Lessing y Herder, que ven en nuestro país la ínsula entusiasta del Romanticismo que resiste al asedio racionalista francés. Hasta donde tenemos conoci-



Vista de Toledo. El Greco, 1596-1600. Metropolitan Museum, Nueva York.

Fotografías realizadas por la casa Thomas, en 1910, de la ciudad de Toledo.



miento, más allá de la imagen idealizada de la libertad romántica, Rilke miró hacia España desde los ojos de su juventud, pues hay constancia de que, antes de la conclusión de su bachillerato, compuso un poema dedicado a su, por entonces, idolatrado Velázquez, revelador de sus lecturas apasionadas sobre la historia del arte y de la literatura española que había asumido de las obras del hispanista alemán Adolf Friedrich von Schack. Lo español era para

el joven Rilke un embrión de lo que habría de representar después o el cumplimiento de un designio.

La profunda emoción que le supondrían las páginas de von Shack no sería más que el prólogo de un nuevo descubrimiento, el de Ignacio de Zuloaga, que no debe entenderse, sin embargo, más que como un lapso entre la pasión primigenia por lo español y la verdadera epifanía que supuso el acceso a la obra del Greco. Con todo, Zu-

Vista de Toledo. Ignacio Zuloaga.



loaga le inspiró, en principio, auténtica veneración por el Greco. El primer contacto de Rilke con la obra del pintor vasco fue en Berlín, en la casa Shulte, en el año 1900; al año siguiente, se desplazaría a Dresde, donde tendría oportunidad de contemplar una exposición del pintor eibarrés; en 1902 asiste en Bremen a la inauguración de la galería de pinturas de esta ciudad, donde volvió a contemplar algunas obras más de Zuloaga. Estos precedentes servirían de prefacio al encuentro entre el poeta y el pintor, que tuvo lugar en París, en el año 1902. Cuando Rilke, que era secretario personal del escultor Rodin, tuvo noticia de la presencia de Zuloaga en la ciudad del Sena, aprovechó la ocasión para solicitarle una cita por medio de una carta, a la que adjuntó un ejemplar de su *Libro de las imágenes*. La pasión de Rilke por la vena creativa de Zuloaga es incuestionable, como lo demuestra el deseo del poeta de escribir una monografía sobre el pintor de Éibar. De ese encuentro se derivaron dos consecuencias: por un lado, Rilke perdió todo interés por conformar su monografía sobre Zuloaga, y por otro, el centro gravitatorio de su pasión por el arte español se desplazó hacia el Greco. Pudo suceder, como se ha aventurado, que Zuloaga minusvalorara a Rilke y que este contestara la displicencia con su propio desdén; y pudo suceder, sin más, que Rilke se deslumbrara ante la contemplación de los cuadros del Greco que el pintor vasco poseía y conservaba en su estudio parisino. Sea como fuere, el cambio no aconteció como el producto de una mentalidad voluble y fetichista, sino como el fi-

nal de un proceso que comprende, al menos, el intervalo que va de los años 1902 a 1906, fechas de un epistolario que revela una admiración por Zuloaga sostenida en el tiempo (al menos dos poemas, “La bailarina española” y “Corrida”, son atribuibles a su influjo). Por lo demás, el episodio de la contemplación de los grecos en posesión del pintor vasco tuvo un cariz de verdadero despertar en el espíritu del poeta en plena evolución hacia su madurez creativa; y, aunque solo fuera por esa razón, es de justicia señalar a Zuloaga como un episodio decisivo en la vida y en la obra de Rilke, un feliz encuentro que traerá a Toledo a este autor esteticista de sonido trascendente, que va a encontrar en la ciudad levítica la vena para comenzar a escribir los “Poemas a la noche”, que se inician con el titulado *Al ángel*, y la *Trilogía española*, cuya escritura inicia en el año 1913 en Ronda, ciudad en la que permanecerá varios meses. Estos poemas suponen un puente creativo que se une con las *Elegías de Duino*; en ellos el poeta reivindica con pasión la unión de su interior-invisible con lo exterior-visible en un solo ser; además, hace patente la presencia de la soledad que le causa lo desconocido y que le produce sufrimiento. En estos poemas escritos en España, el ángel, la amada y la noche marcan el protagonismo y se presentan vagorosos, evanescentes y fluctuantes, en absoluta coherencia con el estilo poético que los sustenta. Estos poemas escritos por Rilke en España no fueron publicados hasta su inclusión en las obras completas editadas en 1956.

Zuloaga fue en verdad el punto de encuentro necesario entre la obra del Greco y Rilke. Fuera Zuloaga el albacea de la grandeza del Greco ante Rilke o, sencillamente, se sumara este a la corriente de revisión alcista con que se contemplaba la pintura del cretense desde comienzos del siglo XX, lo cierto es que, para el poeta germánico de origen checo, la dicotomía Greco-Toledo devino en obsesión. En 1908, en el Salón de Otoño de París, Rilke vio por primera vez la *Vista de Toledo* del Greco; quedó impresionado no por la pintura en sí, sino por esa ciudad que aparece bajo una luz mordiente que la atrae hacia las alturas en un verde llamear. De la fascinación que le produce la contemplación de la *Vista de Toledo* deja testimonio escrito en una misiva destinada al escultor Augusto Rodin -que, por cierto, no compartía el mismo entusiasmo por el cretense-, en donde apunta que describe su impresión de esta manera:

La tormenta se ha desencadenado y cae bruscamente tras una ciudad que, situada en la pendiente de una colina, as-

ciende aprisa hacia la catedral, y aún más hacia lo alto, hasta el Alcázar, cuadrado y macizo. Una luz en jirones surca la tierra, la remueve, la desgarrar y hace surgir prados, de un verde pálido, y detrás árboles como seres insomnes. Un río estrecho sale sin movimiento del montón de colinas y amenaza atterradoramente, con su azul negro y nocturno, las llamas verdes de los matorrales.

De la estancia de Rilke en Múnich, hacia 1911, queda, como episodio que el propio poeta considerara digno de rememorarse, los cuadros del Greco exhibidos en la pinacoteca de la ciudad alemana.

La producción epistolar es valiosísima para evaluar la gran importancia conferida al Greco por el Rilke de estos años; se puede afirmar que el poeta interioriza la admiración hacia el pintor, del que se considera solícito y rendido discípulo hasta proporciones que rozan en la monomanía. La princesa Marie von Thurn und Taxis, frecuente confidente de las fijaciones del poeta, es destinataria de cartas en que le confiesa:

Pero [...] grecos hay aquí toda una pared con sus cuadros más extraños e impresionantes. Esto me sostiene día tras día.

La propia princesa Marie von Thurn es conocedora del íntimo deseo que el poeta empieza a albergar en estos años como un verdadero destino vital: viajar a Toledo secundando al Greco. Es ella, de hecho, la receptora de una carta en la que el poeta, después de hacer un elogio encendido del *Laocoonte*, donde es sabido que Toledo sirve de trasfondo al episodio de la *Iliada* que la pintura reproduce, concluye con el corolario:

Un cuadro único, inolvidable [...] Debe de ser magnífico ver esta ciudad y al Greco en relación con ella.

Rilke está empezando a albergar el germen que alumbraría ese auténtico ápice de la poesía del siglo XX: *Elegías de Duino*, el término de un camino de formación espiritual cuya cúspide sería Toledo y cuyo catalizador fue el Greco. Es desde Duino, precisamente, un año antes de producirse el viaje a la ciudad castellana, desde donde escribe a su editor, Anton Kippenberg, para dejar constancia de este extremo:

Usted sabe que el Greco es uno de los acontecimientos más grandes de mis últimos dos o tres años. La necesidad de entablar relación estrecha y concienzuda con él se me antoja casi una misión, un deber profundo e interiormente arraigado.

Debemos a Antonio Pau y a Ferreiro Alemparte el relato de una anécdota que no conviene obviar ni re-

ducir a la fruslería: se trata de una sesión de espiritismo acontecida en el castillo de Duino, entre los días 1 y 4 de octubre de 1912, es decir, apenas un mes antes de la llegada del poeta a España. En esa sesión, una voz femenina prescribe el viaje a Toledo de Rilke. El poeta, menos aficionado a lo esotérico —tan en boga en este tiempo— que atento a la percepción de la cara oculta del mundo, a lo subyacente, entiende este episodio como la ratificación de que tal viaje, que él anhela con un deseo ferviente, es verdaderamente un cometido que se halla predeterminado en su existencia. Y lo cierto es que el poeta, en camino hacia nuestro país, hace escala en Bayona, lugar en que estaba enterrada Rosemonde Trarieu, supuestamente, la “desconocida” que, desde el mundo de ultratumba, instó a Rilke a visitar Toledo. ¿Es esa la razón con mayor peso para que Rilke se detuviera en esta ciudad francesa? ¿Acaso no cabe pensar, con la misma licitud, que le indujo a detenerse la presencia de dos obras del Greco en el museo de la ciudad? ¿No consideraría Rilke la contemplación de estos cuadros como un proemio a su llegada a Toledo? Considero que, más allá de ese sentir providencial, ratificado con experiencias esotéricas, está la conciencia, muy nítida en Rilke, de que este pasaje de su vida, su estancia en Toledo, sería decisivo para acender la expresión, el estilo, el tono y el pensamiento que le permitieran alcanzar el culmen de su obra de creación.

Toledo y el Greco son algo vital en el alma de Rilke. En la carta ya citada destinada a su editor, llega a declarar:

Quizá exagero, pero me parece como si este viaje hubiera de traer consigo la consecución plena de una forma de expresión que hasta ahora no me ha sido todavía otorgada. El estado de expectación en que me hallo desde la terminación de mi último gran trabajo, también pueda contribuir al intento de aventurarme en esta nueva situación, en que, como presiento, han de confluir las direcciones más diversas de mi labor.

El 29 de octubre de 1912, con el bagaje de la observación detenida de los grecos de Múnich, Rilke parte desde la ciudad bávara rumbo a Toledo. Dos días después se detiene en Bayona. Y el día de la Fiesta de Difuntos, Rilke llega a Toledo y se hospeda en el Hotel Castilla. Cierto es que, en Duino, antes del viaje a España, habían salido de la pluma de Rilke las dos primeras piezas de *Elegías de Duino*, su obra maestra, donde la simbología de los ángeles es elemento nuclear. De hecho, el comienzo de la primera elegía reza como sigue:

Los ángeles no saben a menudo si se mueven / entre los vivos o entre los muertos.

La mitología angélica rilkeana es concebida, indudablemente, con anterioridad a su visita a Toledo, pero es incontrovertible que Toledo y el Greco son dos de sus principales fuentes de inspiración en su más excelsa obra; él mismo, en correspondencia mantenida con la princesa Marie von Thurn und Taxis, princesa del Imperio austro-húngaro y dueña del castillo de Duino, el mismo día de la llegada del poeta a Toledo, se encargaría de disipar toda especulación al respecto: [En Toledo] “está expresado el lenguaje de los ángeles, tal como ellos se las ingenian para convivir entre los hombres”.

Ese lenguaje, justo es reconocerlo, lo conforma Rilke asumiendo no pocas referencias de otro toledano, Pedro de Ribadeneira, el jesuita asceta del siglo XVI, autor de un florilegio, el *Flos Sanctorum*, que se encontraba –como señaló Ferreiro Alemparte– entre los libros predilectos del propio Rilke (lo leyó en 1912), y al que este se remite en caracterizaciones de Toledo como la que sigue:

Una ciudad del cielo y de la tierra, pues está realmente en ambos; una ciudad que va a través de todo lo existente [...] que existe en igual medida para los ojos de los muertos, de los vivos y de los ángeles.

No obstante, aun asintiendo ante la huella de Ribadeneira, esa proyección dual de la ciudad, entre lo terreno y lo ultraterreno, en la intersección en que convergen los sentidos, la razón y el mito, ¿no es el Toledo de las pinturas del Greco? Y tampoco hay que desdeñar que el ángel rilkeano no sea un trasunto del ángel del cielo cristiano y su concepto se encuentre más bien próximo a la idea que sobre estos espíritus se expresa en las obras de Hölderlin y Novalis.

Toledo y la obra del Greco es una unión bien forjada en el pensamiento de Rilke. En una carta a Mathilde Vollmoeller-Purmann, fechada el 14 de noviembre de 1912, apenas diez días tras su llegada a Toledo, escribe:

¿Y el Greco, pregunta usted? Si, por de pronto no se hace imprescindible, se está seguro de lo suyo, se halla tan metido dentro de esta naturaleza que casi se le pierde

cuando se alisa un punto cualquiera de una piedra [...]; parece así, se puede jurar, que un Apóstol, una Concepción de María se vetea en sus colores. Pero, naturalmente, no se olvida por un solo momento que estas condiciones fueron capaces de lograr un gran pintor [...] El singular esbozo tomado de la grandiosa vista de Toledo donde el Greco, en forma directamente óptica, se manifiesta sobre la aparición de las figuras celestes, e incluso cómo estas se comportan para nuestros ojos, todo ello ya no tiene nada de sorprendente cuando se ha vivido tan solo tres días en Toledo.

Llegados a este momento, es de todo punto plausible la hipótesis de que el poeta siguió la senda del pintor, incluso en su itinerario vital; también en su búsqueda de lo absoluto y de lo sublime en la creación, lo que le condujo, como al Greco, a Venecia, y lo que le llevó, secundando la estela del pintor, a Toledo. Y es aquí donde los dos apátridas, el pintor y el poeta, se encuentran; y es aquí donde Rilke halla la expresión adecuada de su pensamiento poético, que no es más que el traslado, del lienzo al verso, de ese lenguaje en que los ángeles son figuras centrales, hasta en aquellas pinturas en que podríamos aventurar que su presencia es accesorio (es el caso de *La Asunción*, que Rilke apreciaría en San Vicente muchísimas veces durante el mes en que residió en Toledo, y que elegiría como última percepción de la ciudad antes de dejarla atrás en su periplo español). Sus palabras, tiempo después, confirman que los ángeles han cobrado, en su recuerdo de este cuadro, como en su propia obra maestra, *Elegías de Duino*, un protagonismo casi excluyente:

Un ángel enorme irrumpe oblicuamente en el cuadro, y otros dos ángeles tan solo se elevan. El resto de la escena no podía ser otra cosa que ascensión, subida y nada más. Esto es física del cielo.

Sirvan estas razones para argumentar que Rainer Maria Rilke terminó de madurar como una de las más rotundas, profundas, complejas y hermosas voces líricas del siglo XX absorbiendo la esencia espiritual, emocional, simbólica y artística de Toledo y del Greco. Y ¡ojalá! también estas páginas valgan como aviso, grito o fanal para que despierten y alumbren a las mentes de la cultura, a los regidores de la ciudad y a la ciudadanía misma con el fin de que este literato universal, que quiso ser toledano y que tan profundamente llevó a su obra la esencia de la milenaria y mágica ciudad, llegue a tener en Toledo el reconocimiento público que merece.



Rainer Maria Rilke.

Le Campanile de la cathédrale de Tolède. Federico Ruiz. 1873 >